

**Louis Pinto (dir.)**

***Le commerce des idées philosophiques***

Broissieux, Éditions du Croquant, 2009

Los siete textos que componen esta obra recogen distintos estudios concretos sobre la circulación de bienes simbólicos, en este caso filosóficos, inspirándose en sentido amplio en la propuesta metodológica que Bourdieu hizo al respecto, si bien también en otras pistas abiertas por las diferentes tradiciones de sociología del conocimiento.

El mismo hecho de reseñar una obra de estas características supone ya un atentado contra la razón de ser de la misma, debido a su crítica de aquellas lecturas que se pretenden verdaderas. En la misma se encuentra una constante problematización de la interpretación y de la recepción de las mismas. Y aquí es donde cobra sentido la sugerente noción de comercio incluida en el título, puesto que el intercambio de ideas, lejos de seguir una lógica meramente científica o académica —si es que es posible pensar en algo semejante que exista de manera pura— se ve sujeto a luchas que tienen como telón de fondo la inversión de distintos autores o grupos en su propia posición social, académica o política. El intercambio de ideas también queda determinado por las relaciones de poder existentes a nivel internacional o nacional, ya sean políticas o culturales, por las jerarquías establecidas entre las distintas disciplinas, por los recursos disponibles para la consagración intelectual, institucional o comercial, etc. Ya en la Introducción, Louis Pinto advierte de la necesidad de desacralizar los dominios intelectuales que puedan parecer más desinteresados y autónomos; así como de la pertinencia del sistema propuesto por Bourdieu para desentrañar esas redes de intereses y valores de distinto orden que caracterizan esa dinámica de circulación cultural. Sin embargo, es en el análisis de los casos seleccionados donde se aprecia el proyecto en toda su profundidad.

El primer apartado, que incluye los trabajos de Dominique Bourel y Xavier Landrin, remite a la «elaboración de un canon nacional», a la legitimación de un sistema filosófico nacional en relación con la importación de una corriente filosófica determinada. En el primer caso, el hilo conductor del artículo es Kant. O más bien una reflexión diacrónica sobre la recepción de la obra de Kant y sus coyunturales usos políticos, porque si algo caracteriza a la formación de un sistema nacional son las disputas ideológicas que se generan en torno

a la definición del mismo. Bourel presenta un panorama en el que desde las primeras valoraciones de Mirabeau hasta la actualidad se enfrentan dos polos: uno progresista, que valora a un Kant clarividente, y otro conservador que critica una obra oscura y de difícil comprensión. Pero no basta con esta referencia a los posicionamientos ideológicos internos, ya que la belicista primera mitad del siglo XX condiciona ineludiblemente la lectura del autor alemán en Francia: los sectores que se disputan la legitimidad en la interpretación de Kant deben recomponer sus discursos ante la connotación negativa que adquiere todo producto germánico. Xavier Landrin, en su aproximación al «eclecticismo espiritualista» francés del siglo XIX, añade un nuevo elemento de análisis. A las disputas en torno a la importación de corrientes filosóficas extranjeras para su uso político interno, se une el propio prestigio del cosmopolitismo. Este prestigio, junto a las influencias políticas de un campo filosófico aún muy ligado al poder político, permite y refuerza el acaparamiento de las instituciones oficiales y el consecuente monopolio de la interpretación legítima de los productos filosóficos importados del extranjero. Este círculo vicioso tan sólo se rompe cuando se producen unas circunstancias políticas adversas (1848) y, sobre todo, cuando se dan los cambios estructurales que conducen a la autonomía del campo científico y a una mayor especialización, retos a los que no puede responder el eclecticismo hasta entonces dominante.

El segundo apartado es más extenso y variado, teniendo como telón de fondo la apropiación de bienes bajo la etiqueta del posmodernismo. En el artículo de Stefania Maffei es quizá donde se hacen más evidentes los condicionantes ideológicos y políticos en la circulación de bienes culturales. La brutalidad de los cambios producidos en el sistema filosófico alemán de la segunda mitad del siglo XX se pone de manifiesto a través de la figura de Nietzsche. Y es que, en el caso de la RDA, entran en juego numerosos factores: la definición de una ortodoxia comunista —basada en la interpretación de Lukács—, la valoración de los diferentes campos del conocimiento en el sistema académico alemán, la intensa relación entre cultura y política, el enfrentamiento de bloques a nivel internacional, etc.. Pero, sobre todo, resulta revelador constatar cómo un cambio drástico en el contexto político hace que las inversiones marginales en un determinado capital cultural —Nietzsche, en este caso— devengan en garantía de consagración institucional y, a la inversa, una inversión segura en la interpretación oficialista del mismo autor supone la exclusión académica con el cambio de paradigma.

En los trabajos de Romain Pudal y Louis Pinto la caracterización de un modo específico de lectura posmoderno marca la relación con los autores tratados. Ambos autores critican una interpretación que olvida el contexto de producción de una obra para, amparados por el relativismo y el rechazo a otras interpretaciones denostadas por estar sujetas a elaboraciones teóricas estrictas, extraer de aquéllas los rasgos que se adaptan mejor a sus intereses. Si bien tal procedimiento no es exclusivo del posmodernismo, la escasa importancia que, como principio, se concede al contexto histórico y social alcanza cotas muy elevadas. Aunque en este caso, las consecuencias de la reinterpretación y adaptación derivan en un enfrentamiento de carácter más epistemológico que político. La singularidad de Wittgenstein plantea una serie de contradicciones que sirven, de paso, para ilustrar algunos aspectos de los intercambios filosóficos. Por un lado, la especificidad de la lógica y de la filosofía del lenguaje, así como su escaso desarrollo en el campo filosófico francés, parecen plantear *a priori* dificultades

para la importación. Pero la retórica accesible y la propia ambigüedad de un Wittgenstein siempre crítico consigo mismo permitirán, con la aparición de esa peculiar lectura posmoderna, la incorporación de un autor marginado por el campo filosófico francés hasta ese momento. Pero Romain Pudal insiste en que no basta con la dicotomía reivindicación/rechazo, ambas categorías pueden presentar opciones divergentes enfrentadas entre sí. Sirva de ejemplo la reapropiación posmoderna de una interpretación de Wittgenstein que tenía, en el sentido que en un primer momento le otorgó Jacques Bouveresse, un sentido originariamente distinto. Los casos de Simmel y Tarde responden a una lógica un tanto diferente. Si en los intercambios anteriores se resalta una instrumentalización —ya sea política o académica— para un conflicto contemporáneo a la introducción de la obra en cuestión, Louis Pinto sitúa la recuperación de estos dos autores como réplica a la figura de Durkheim, representante de una «macrosociología» sistematizada. Así, se da una doble circunstancia que resulta incluso paradójica: la recuperación de un debate que remite a los orígenes de distintas corrientes de interpretación sociológica, y la descontextualización de Simmel y Tarde otorgándoles categorías de interpretación anacrónicas.

En su capítulo, José Luis Moreno Pestaña se centra en la figura del sociólogo Jesús Ibáñez para estudiar las consecuencias de la importación de ideas filosóficas en un campo intelectual dominado, como es el caso español. Un repaso a su trayectoria permite reconocer las distintas influencias intelectuales que concurrieron en su formación, así como las relaciones dentro de la elite cultural del régimen que explican su trayectoria profesional. Aquí, como en algunos de los casos anteriores, los bienes importados eran una inversión de prestigio, lo que no fue óbice para que Jesús Ibáñez desarrollara una actividad muy productiva y creativa durante gran parte de su vida, integrando esta aportación extranjera y adaptándola a las circunstancias de un mercado nacional donde las posiciones epistemológicas —y también políticas— se definían por el origen de dichas importaciones. Por otra parte, José Luis Moreno Pestaña subraya como las propias relaciones de poder entre disciplinas también condicionan la actitud de los agentes implicados: Ibáñez, pese a ubicarse académicamente en la Sociología, no dejaba de evidenciar un desprecio por esta disciplina que tenía su origen en el prestigio de su formación filosófica.

El último artículo contempla la adaptación de la Antropología alemana a las circunstancias inicialmente adversas de la posguerra. Al igual que en el caso de Nietzsche, Alois Hahn nos sitúa ante un campo filosófico y sociológico cuestionado por su vinculación con el nazismo. Ante tal circunstancia y ante la imposibilidad de renunciar a un legado sin el que no se comprende la toma de posición en dicho campo, es necesario reformular los argumentos ofrecidos, aun a costa de una mayor incoherencia en los planteamientos.

En definitiva, este trabajo colectivo supone un esfuerzo de contextualización histórica que cuestiona la potencia explicativa de un relativismo *absoluto* en la recepción de bienes simbólicos como herramienta para una sociología del conocimiento. Pero también se opone a las reivindicaciones de exclusividad interpretativa en torno a la obra de cualquier autor, a las llamadas a la autenticidad de una filosofía o disciplina en concreto. No se trata de adoptar una postura ecléctica, sino de valorar los condicionantes que hacen que una obra o un autor cobren sentido en un contexto en particular. Este enfoque sociológico demuestra así su importancia en el estudio de la difusión de las corrientes filosóficas, en el juego de influencias,

y en la relación de poderes en el ámbito nacional e internacional. Y también para explicar los posicionamientos de los intelectuales, constreñidos por todas estas limitaciones, pese al mensaje muy extendido de la despolitización y la libertad académicas. Las grandes figuras de la filosofía, como algunas de las que trata esta obra, sólo conservan su estatus si su recepción sigue siendo útil en el presente, ya se piense en una utilidad científica o en otra mucho más prosaica. De cualquier forma, la recurrente presencia de estas obras y autores hasta el día de hoy permite valorar la dimensión de su aporte y comprender la actualidad del mismo. No como recurso retórico, sino como parte de un proceso de producción, mediación y recepción.

JORGE COSTA DELGADO

*Universidad de Cádiz*

jorge.costadelgado@alum.uca.es